

Nov. 15 de 1946

## NUESTRA CIUDAD

LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LA DE DON SIMÓN.- HAGAMOS CRÍTICA CONSTRUCTIVA.- UN MONUMENTO A RICARDO BELL.

Por Rafael García Granados.

Las declaraciones hechas por el universitario Simón a propósito de su ciudad universitaria, la respuesta del rector Zubirán y los comentarios editoriales hechos en derredor de un asunto al que se le ha dado una publicidad que no merece y que solo interesa al primero de los mencionados, constituyeron, la semana pasada, un chisme citadino que debe ser comentado en esta sección.

Las declaraciones de don Simón, parcialmente desmentidas después por él mismo, en cuanto al importe de lo que piensa gastar en una obra que, si hemos de creerle, es puramente filantrópica, no se limitaron a enaltecerse, sino que censuraron con la mayor injusticia y falta de conocimiento a la institución que lo formó. No queremos aquí recordar lo que suele sucederle a quien escupe al cielo; preferimos pensar, de acuerdo con su antipatía para la Universidad Nacional, que no fué ahí donde aprendió a hacer muchos millones de pesos en muy pocos años, con la ayuda y el apoyo de sus amigos que militan o militaban en las filas del Gobierno.

Lo que consideramos más grave en sus declaraciones, y que es precisamente lo que nos induce a comentarlas, es el apoyo con que dice contar, por parte del Presidente Electo, para dotar a su universidad de un cuantioso patrimonio que le permita vivir con holgura. Porque, como muy bien dice el doctor Zubirán, los edificios de una ciudad universitaria no constituyen, por sí solos, una universidad. Ese desdén por la tradición, sólo prueba que pasó por

las aulas sin asimilar cultura. Pero los universitarios que conocen la historia de la institución y que saben que fué despojada de sus bienes por el Estado; que si esos bienes le fueran devueltos - estaría en condiciones de desempeñar satisfactoriamente su misión social, no pueden menos que enterarse con extrañeza de los propósitos que don Simón atribuye al Lic. Alemán, que también es universitario y de quien no tenían motivo para suponer que menospreciara a la institución en que se formó culturalmente. Es por eso que los universitarios han esperado con ansiedad unas declaraciones rectificatorias del Presidente Electo, cuya demora, dada la trascendencia del asunto, no justifican las múltiples ocupaciones que lo embargan.

Se ha dicho hasta la saciedad que la Universidad Nacional está sobrepoblada, y que desea que surjan nuevas instituciones que le ayuden a sobrellevar la pesada carga de impartir cultura. Con sumo agrado han visto los últimos rectores, los esfuerzos de los capitalistas regiomontanos para la realización de esa obra benemérita que es el Instituto Tecnológico de Monterrey, y han pedido en todos los tonos al Gobierno Federal y a los de los Estados, que ayuden a las universidades de provincia. No se puede, pues, pensar que la Universidad Nacional no vea con buenos ojos la creación de la universidad de don Simón; pero no pueden creer los universitarios que el Lic. Alemán se haga solidario de los conceptos desdeñosos vertidos contra la Universidad Nacional. Llamar conservadora a una institución positivamente liberal, en la que se profesa con verdadera amplitud de criterio la libertad de cátedra - dígalo si no la Escuela de Economía - es una aseveración cuya falsedad salta a la vista y que

no puede ser hecha de buena fé.

La sociedad metropolitana no ha olvidado todavía las declaraciones casi solemnes del constructor de la Ciudad de los Deportes de que el cupo de la plaza de toros abarataría la fiesta brava poniéndola al alcance de los desheredados, y teme que la promesa filantrópica encubra alguna gran especulación de terrenos, así como que en la universidad proyectada se multipliquen en la misma proporción los derechos de apartado. Mientras no se demuestre lo contrario, todo puede esperarse en estos tiempos. ¡Ay, qué tiempos! Señor don Simón.

- - - - -

Una institución liberal, como es la Universidad Nacional, no puede dejar de admitir la crítica constructiva. Las autoridades universitarias deben estar pendientes de la censura honrada que les señale sus yerros para corregirlos. Desde este punto de vista es plausible la publicación de un periódico que se titula "La Gaceta" redactado, según se dice, por universitarios. Lo que es lamentable es que los censores pierdan los estribos como sucede en el número fechado el 10. de noviembre, en el que se dice que en la Universidad hay un desfalco de \$ 244,820.00, por que la Imprenta Universitaria, al decir de La Gaceta, pierde en el año esa cantidad. Somos los primeros en creer que la imprenta debe procurar sacar sus gastos, por más que no deba tratar de lucrar ya que hay obras culturales cuya publicación es conveniente y que, por su naturaleza misma, tienen que arrojar pérdida. Pero lo grave es el empleo doloso del adjetivo: desfalcocar, dice el diccionario, es "apropiarse un caudal que se tenía en depósito". Un desfalcó es un delito; una pérdida pue

de depender de mil circunstancias sin constituir un delito.

- - - - -

Ya que el día de hoy hemos tratado de payasos, queremos dar cabida a los conceptos de una carta en la que se nos sugiere que prohijemos la idea de levantar en la Plazuela de Villamil una estatua al payaso Ricardo Bell, que hace medio siglo dió tan buenos ratos a los habitantes de nuestra ciudad. Ricardo Bell no fué un payaso vulgar, sino un hombre cuyo ingenio no pueden olvidar los viejos habitantes de esta metrópoli. Y fué precisamente frente a la Plazuela de Villamil, dónde estuvo el Circo Orrin en que actuaba el genial cómico inglés. Hoy que se han tirado los árboles de esa plazuela, resulta más que oportuno pensar en este modesto y evocador monumento que, si se hiciera por suscripción popular, seguramente se costearía con amplitud.

- - - - -